

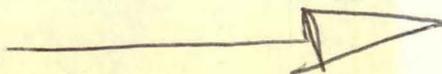
Desaparecidos

miguel ángel granados chapa

Ayer se cumplieron tres años de la desaparición de José Ramón García Gómez, un militante político que fue visto por última vez en Cuautla, la ciudad donde residía. Dos semanas antes se había iniciado el nuevo gobierno, y poco después el propio Presidente Salinas se comprometió a dar al caso la atención debida. No puede asegurarse que no haya hecho lo que a su gobierno le compete, e instado a otros niveles, el del estado de Morelos particularmente, ~~xxxxx~~ a que hagan lo que les corresponde. Pero también tiene que decirse que no hay ningún resultado. La monstruosidad de que una persona sea sustraída de su cotidianidad, sin que se deje huella, es real. Y por eso es, asimismo, comprensible la severidad con que el comité Eureka de desaparecidos políticos, enjuicia a un g régimen que emplea, o es impotente para hacer que se empleen, métodos bárbaros de persecución.

En el ámbito local, el gobierno de Morelos ha destituido al Procurador de Justicia que quedó en entredicho a causa de este caso. Y ~~xxxxxxx~~ creó una fiscalía especial, que ha tenido ya dos titulares, el segundo de los cuales, don Sergio Vela Treviño, ha alcanzado prestigio en el foro y en la procuración de justicia. Pero García Gómez no aparece. Y con él, muchos otros militantes han sido como arrancados por un una fuerza inescrutable de sus vidas corrientes. Y mientras no aparezcan, sus casos constituyen antes que nada, un compromiso al que nadie puede renunciar. Y, después, una suprema contradicción entre la modernidad predicada y promovida, y la barbarie que se rehusa a perder vigencia.

Una de las consecuencias más exitosas de la modernidad es el abatimiento de los ardores ideológicos. Hoy día es ineficaz, y mal visto en los círculos de los bien pensantes, la intransigencia que se empeña en mantener el valor de los valores es decir la preponderancia que en la comunidad debeb tener aspiraciones más allá de lo inmediato. El prgamtatismo, que todo lo tasa y lo vende, y lo compra, es la única manera de pensar que hoy admite vehemencias. Todo otro conjunto de propósitos y de ideas parece arcaico. Por eso es muy confortante comprobar que las mujeres de



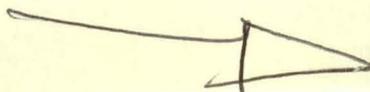
desaparecidos/2

los comités en busca de quienes han caído en manos de quién sabe quién, y han perdido la vida o al menos la libertad, no cejan en sus cóleras, en sus indignaciones. Si ellas, como casi todos, hubieran cedido a la mesura, al matiz, a la prudencia, habríamos perdido, como colectividad, una de las porciones más sanas de la conciencia. Esta quedaría mutilada si se apodera de todos una tolerancia a la ilegalidad, un cansino alzar de los hombros surgido de la resignación.

Sólo poderes políticos son capaces de suprimir, por la vía del secuestro o el asesinato, la normalidad de una persona. Esos poderes son estatales o actúan en sus márgenes. O son contrarios a la organización estatal, pero cuentan con organización, recursos y fines que les dan capacidad de acción e impunidad. En cualquiera de los dos casos, las autoridades legítimas tienen obligaciones que cumplir, exigibles por los ciudadanos. Y esta exigencia no puede ser hecha sólo mediante comedidos recursos propios de un trámite burocrático. Lo menos que se debe admitir es que no sientan la necesidad de paliar su ira.

Si es el Estado, en cualquiera de sus instancias y organismos ~~quiere~~ el que hace desaparecer a sus enemigos, nos enfrentamos a una especie de terrorismo, uno de la peor ralea, no sólo porque se asegura a sí mismo la impunidad, sino porque a su bajeza intrínseca añade la simulación, el fingimiento de quien se dice titular de la ley y en la realidad la infringe. Sus practicantes hacen todo, menos política, aunque se justifiquen bajo esa mampara ideológica. La política significa no la destrucción, el exterminio del enemigo, sino su persuasión, o la conciencia de que dos ideas encontradas, y sus militantes, pueden coexistir. Un desquiciamiento ideológico que se funda en la concepción de matar o morir es siempre vituperable. Pero lo es en grado sumo si para poner en práctica sus políticas de destrucción cuenta con los instrumentos del Estado, concebidos para el bienestar de la colectividad (o para el bien común, según ahora es legítimo decir, puesto que esa doctrina católica se ha convertido en tesis oficial).

Nada hay más opuesto a la modernidad que perseguir a los adversarios como si fueran enemigos, negando la pluralidad admitida en las palabras. Por añadidura,



desaparecidos/3

si es el Estado, en cualquier de sus niveles y órganos quien cumple en México, hoy, una política que hace desaparecer a militantes políticos, incurre en el peor pecado en que puede caer un modernizador, que es la ineficacia. Cada desaparecido suscita en torno suyo un movimiento que genera cuestionamientos y críticas potenciados.

Se dirá, como no pocos se atreven a decirlo, que muchos desaparecidos son, en realidad, personas que encuentran una coyuntura favorable para marcharse de su destino presente, para abdicar de responsabilidades, para abrirse horizontes nuevos sin lastres antiguos. El razonamiento ~~xx~~ puede ser cierto en algunos casos, pero como tesis política añade vituperio a la injuria. No sólo no contenta a los deudos y a quienes con ellos son solidarios, ~~x~~ sino que los ofende y agravia. A menudo, enarbolar esa posición revela incapacidad o desinterés para emprender las indagaciones requeridas. Y allí estamos ante el otro extremo de la situación. Si el Estado es incapaz de enfrentarse a poderes análogos al suyo, que vulneran la legalidad sin exponerse al castigo, estamos en la anarquía, en la inexistencia del Estado de derecho,

